

Ser mujer y colombiana: reflexiones sobre género, violencia y discurso en colombia¹



El propósito de este ensayo es reflexionar sobre la intersección entre género y violencia en el contexto colombiano. No es sin vacilación que emprendo esta tarea, porque es incómodamente íntima y profundamente marcada de subjetividad.

Soy mujer y soy colombiana. He presenciado, sufrido e infligido dolor. Conozco la violencia de primera mano. También la he experimentado indirectamente en las calles, en las historias cotidianas, y las noticias. La violencia vive en mí, como una parte tóxica de mi misma. El escribir de esto personalmente, tiene un valor catártico, al ayudarme a enfrentar la oscuridad interna.

Una buena parte de esa violencia esta inseparablemente conectada a mi nacionalidad, a mi experiencia de patria en discurso y practica. No se muy bien que significa ser colombiana, y algunas veces pienso que esta ignorancia es apropiada y valiosa. Se que hay tensiones y conflictos entre los diferentes aspectos de mi identidad, pero no estoy segura si estas tensiones deben disiparse y organizarse en un todo, o si la fragmentación y la incertidumbre son en si mismas señales de identidad.

También soy una estudiosa de la comunicación. Estoy profundamente interesada en los procesos de producción de significado; en la relación entre discurso y práctica, y la inflexión de género en ambos. Asimismo he tratado en investigaciones anteriores de abordar estos asuntos desde una perspectiva cultural (e.g., Lozano 1999 y 2005).

¹ Este ensayo es una versión corregida y traducida de una ponencia presentada en la XIV reunión de Colombianistas. Universidad de Denison, Granville, Ohio, EE.UU. Agosto 3-6 de 2005.

Traductora: Angela Villadiego. Estudiante de Maestría. Estudios de La Mujer. LUC

Este ensayo está motivado por ciertas preguntas que me han intrigado por algún tiempo. ¿Existen diferencias significativas en la manera como hombres y mujeres experimentan el espacio urbano? ¿Existen diferencias importantes en la manera en que los habitantes masculinos y femeninos de la urbe experimentan y/o practican la violencia? ¿Podemos teorizar una relación entre los discursos cotidianos y la violencia como práctica social? El ensayo se va a enfocar en las formas normalizadas de violencia, expresada como discurso y vivida en el contexto urbano (Cali y Bogotá son mis puntos de referencia).² Proveré un breve contexto social, examinaré la violencia usando casos que he presenciado directamente y relacionar éstos con experiencias de otro al igual que con investigaciones anteriores.³

La guerra en Colombia/Las Colombias y Las guerras

Muchos observadores colombianos, como el investigador Jesús María-Barbero,⁴ discuten que no deberíamos hablar de «Colombia», sino de *Las Colombias*. Tenemos sorprendentes y profundas divisiones en el país, mas sobresalientes entre los escenarios urbano y rural, las zonas geográficas y las clases sociales. Estas diferencias no son solamente sociales o económicas, sino profundamente culturales.

Esta fragmentada y plural Colombia, o Las Colombias, sufre hoy no de una sino de varias guerras entrecruzadas y superpuestas. La guerra de 40 años entre el ejército y la insurgencia⁵ coexiste al lado de la llamada «guerra de las drogas» y esta a su vez produce una guerra a civiles, quienes están atrapados entre los traficantes de droga, el ejército, los paramilitares, la guerrilla y la delincuencia común.

La guerra franca es peleada en el campo, lejos de la vista de los habitantes urbanos, pero afecta el tejido

social en todos sus niveles. Parafraseando a Uribe Alarcón en su brillante texto, *Antropología de la inhumanidad*, Colombia enfrenta una forma mas generalizada de guerra: una emprendida contra el tejido social. La sociedad se ha convertido en un rehén de las fuerzas de una violencia múltiple. Las estadísticas apoyarían su punto de vista. De 1992 a 1999 hubo 5,181 secuestros en Colombia, la cantidad más alta del mundo (nationmaster.com). En el 2001, hubo 26,539 asesinatos en Colombia, la más alta per capita en el mundo (nationmaster.com). En el 2003, tenemos 3 millones de personas desplazadas internamente, más de 50% de los cuales son mujeres («Mujeres Colombianas»).

Como la mayoría de guerras en el mundo, nuestra versión colombiana comparte características: Es una entre hombres, en la cual las mujeres terminan involucradas voluntaria o involuntariamente.⁶ Florence Thomas expresa esto con pasión cuando habla de esos hombres rapaces quienes «planean las guerras, deciden las guerras, declaran las guerras, pierden las guerras, mueren en las guerras y creen que las guerras se pueden ganar.» (237). Sin embargo, la violencia contra las mujeres no requiere un estado de guerra. Esta puede presidir a la guerra y es muy probable que continúe después de la guerra-a menos que se trate directamente. Como propone Amnistía Internacional.

«la forma, las circunstancias y el alcance de la violencia [contra las mujeres] varían, pero hay una continuidad entre la violencia durante el conflicto [armado] y la violencia en la paz.» (*Está en nuestras manos*, 77).

La guerra hace la discriminación, abuso y maltrato más palpable, pero no la crea necesariamente. Estructuras sociales más profundas y menos transitorias que la guerra están en juego. Esto quiere decir que, antes

² Por «formas normalizadas de violencia» me refiero a actos de insulto contra las necesidades humanas que hemos aprendido a ver como naturales socialmente, como un aspecto esperado y común de la vida diaria.

³ De 1999 a 2001 trabajé como investigadora principal en un proyecto que estudiaba las maneras en que las mujeres habitan y perciben Cali como ciudad (*Cali, Colombia: Transitando entre la celebración y el miedo*). Uno de los resultados de esta investigación es un documental, *Tiempo de miedo*, dirigido por el videógrafo y profesor de la Universidad del Valle, Oscar Ocampo. El segundo resultado de este proyecto es una serie de entrevistas conducidas por Liliana Hurtado, en ese entonces estudiante de comunicación social en Univalle y mi asistente de investigación. Yo supervisé y analicé estas entrevistas, pero estas son realmente el trabajo de Liliana. Aunque estas entrevistas son la base del documental, la mayoría de ellas no aparecen en este y fueron hechas fuera de cámara. Por lo tanto, yo he decidido citarlas como «trabajo no publicado (Hurtado)».

⁴ Comunicación Personal, Enero de 2005.

⁵ Prolongada y de baja intensidad, como sugiere Richani.

⁶ Véase los reportes de Amnistía Internacional como *Está en nuestras manos: No más violencia contra las mujeres* y *Scarred bodies, hidden crimes: Sexual violence against women in the armed conflict*.

del conflicto armado había conflicto, todavía no armado, todavía no totalmente polarizado. Antes del conflicto pudo haber inquietud y malestar: Nuestras rutinas y prácticas diarias pudieron estar impregnadas de violencia, impregnadas del desden e irrespeto por nosotros mismos o los otros. Accionadas por el miedo, el dolor o la rabia, estas prácticas pueden dar vía primero al conflicto, luego a la violencia y luego a la guerra.

Violencia inesperada en la vida diaria

Ahora, me gustaría explorar esa violencia, que expresa conflicto pero que permanece innostrada e inadvertida, tal vez vista como fundamentalmente trivial. Me gustaría referirme a esta como una violencia normalizada o invisible; como actos de innecesaria agresión, que pasan inadvertidos en su ejecución, no lo suficientemente excepcionales para que sean registrados en nuestra conciencia.⁷ La llamo invisible, no porque esta violencia sea inofensiva, sino porque se ha convertido en una rutina discursiva y preformativa, y de esta forma en un aspecto aceptado y esperado de las relaciones sociales.⁸

Para este propósito, he escogido seis afirmaciones significativas cuya expresión yo he presenciado o vivido mientras residía en Colombia. Las he escogido por su relevancia social y personal, y por la forma en que explican como «practicamos» el género. Considero importante resaltar que, como la mayoría de personas que escuchan o leen esta ponencia, soy una persona relativamente privilegiada. Soy una bogotana de clase media. Nací en un centro urbano cosmopolita, no en el Magdalena medio. Fui educada primero por religiosas, luego por marxistas (una educación ideal y bien balanceada, en mi opinión). No he sido secuestrada o desplazada. Casi ningún hombre en mi familia ha participado en el conflicto armado. Ninguno, que yo sepa, trafica con drogas o tiene algún otro tipo de actividad ilegal. Ninguno en mi familia cercana ha visto siquiera una corrida de toros. En otras palabras, podemos argüir que no soy una víctima de la guerra, y que para los estándares colombianos, tengo una existencia pacífica.

«Las leyes como las mujeres se hicieron para violarlas»

No podía evitar reír cuando la afirmación de este subtítulo era pronunciada, frecuentemente por conocidos o ingeniosos extraños. Era una expresión pronunciada como un piropo gráfico, para causar tanto repulsión como fascinación. En un artículo no relacionado con género, el periodista Hugo Sabogal nombra esta frase como una de las maneras (superficiales) en que algunos colombianos pueden ejercitar su «colombianidad» (ver p. 6, de este ensayo). La afirmación propone un paralelo interesante entre la naturaleza de la ley y la de la mujer. «Violación» en este contexto sostiene valencias negativas y positivas. Tiene una fuerte cualidad de ironía. La afirmación francamente opone cortesía, y haciendo esto, parece expresar una verdad no dicha que reconocemos fácilmente. Vemos la ley como una convención y como una arbitraria forma de poder ejercida por el estado (en un ensayo reciente sobre Bogotá, Mockus hace una observación similar). Es opresiva, represiva, hipócrita y contradictoria. No es particularmente digna de respeto. Por lo tanto, hay algo rebelde, atrevido y empoderante relacionado con romper la ley. ¿Hay una cualidad similar en romper a una mujer?

Mis amigos frecuentemente me decían bromeando, «en caso de violación, relájese y disfrute.» Solo relájese y vaya con la corriente, ya que se trate de una coquetaría pasajera o de una violación física. Yo dudo, sin embargo, que esta afirmación sea exclusiva de Colombia. «Tranquila, relájate, que no te va a doler,» susurra un peruano antes de intentar violarme. Él es un estudiante de Doctorado, como yo. No creo que él vea algo tan terriblemente negativo en esta acción. Y parece sorprendido cuando yo en vez de relajarme, lo hecho de mi casa.

«¿Quiere que la lleve?»

«Hola, súbete al carro. Yo te llevo al colegio,» me dice el conductor de un elegante carro. Soy una niña de 9 años de edad, esperando el bus del colegio a las 6 de la mañana. Nadie más está en la calle. Mi mamá y

⁷ Galtung define violencia como «un insulto evitable a las necesidades humanas» (qtd. In Nagler). Encuentro esta definición muy intrigante en su simplicidad.

⁸ Como Michael Nagler, yo no considero la violencia como un aspecto natural de las relaciones sociales o de las sociedades humanas.

hermanos están arriba, en el apartamento. No quiero ir, pero tengo miedo de enojar al hombre. Digo no. El insiste y me ofrece un dulce, lo cual pienso es muy estúpido. Cuando está a punto de bajarse, pasa cerca un carro de la policía. Inmediatamente el conductor regresa al carro y se apresura a marcharse. No le digo nada a mi familia, sintiéndome vagamente avergonzada.

«¿Quiere que la llevemos?» estoy esperando al bus en el sur oeste de las cercanías de Cali (arriba de la acaudalada «Ciudad Jardín»). Son las 6:15 p.m. Solo quedan unos pocos minutos de luz, en un lugar no lo suficientemente urbano para tener iluminación nocturna. Siete soldados en cuatro motos han parado y me ofrecen un aventón. Tienen una silla vacía en una de las motos. Tengo miedo de decir que no. Murmuro algo acerca de que mi papá ya viene. Ellos lo piensan y se van. Si yo tuviera un Dios, le agradecería por la merced. Tengo 18 años.

«Dámelo o te mato»

He aceptado un aventón de un motociclista, un completo extraño. Estoy en Palmira, voy para Buga, en el Valle del Cauca. Siento que algo esta mal y le pido al hombre que se detenga. Por el contrario, el toma un camino lateral y acelera. Le pido otra vez que se detenga. El para. Estamos ahora en la mitad de un cultivo de caña de azúcar. Me bajo de la moto y empiezo a caminar hacia la autopista. El se acerca a disculparse. Me detengo a escuchar. Entonces me da una cachetada y grita «dámelo». No entiendo que sucede y me golpea la entrepierna. «Dame esto o te mato». Grito tan fuerte como puedo y corro como nunca lo he hecho. Me escondo entre las cañas de azúcar, y el motociclista enojado y confundido desiste de buscarme. No se lo digo a mi mamá, a mi papá o a ninguno de los hombres en mi familia. Sé que ellos van a decir que es mi culpa y yo tendría que convenir. Di papaya, mucha, mucha papaya.

«Que vaya a que la curen donde la chuzaron»

Una prostituta se acerca a una estación de policía en Juanchito, el famoso pueblo para bailar en el noroeste de Cali. Está sangrando copiosamente de una herida en la muñeca izquierda. Trata de entrar a la estación, pero un policía la empuja fuera diciendo, «no nos ensucies el piso.» Ella explica que en una pelea fue

herida con una botella de cerveza rota. El oficial contesta «vaya a que la curen donde la chuzaron.» La mujer se queda fuera de la estación. Está borracha, sucia, y ensangrentada. No tiene dinero. Mi amigo y yo improvisamos un torniquete y convencemos a un taxista, después de una generosa paga, que la lleve al hospital. ¿Acaso ella estaba pagando por la vida que decidió vivir? Minutos después otro policía se me acerca y me incita a salir con el.

«Es la raza»

«Los hombres son así.» Laura, mi amiga de 54 años, ve a un hombre en una moto, con una niña de tres años en su regazo (muy probablemente su hija). Me dice, «así es como las cosas malas comienzan. Ahora esta en su regazo, pero más tarde abusara de ella. No se le debería permitir andar con ella en la moto». Parece que para Laura los hombres son dominados por necesidades sexuales incontrolables. De acuerdo con ella, nuestro trabajo como mujeres, sea madres, hermanas o amigas, es mantener a los hombres lejos del camino de las niñas y las mujeres. La madre de esta niña no debería permitir al padre estar a solas con su hija.

Julieta, una DJ de radio en Cali, explica que no tiene miedo de ir a ciertos sectores de clase trabajadora porque allí los hombres tienen a sus mujeres, y por lo tanto, sus necesidades sexuales están satisfechas (Hurtado). La agresividad sexual de los hombres (y así el riesgo para ella) está controlada por sus compañeras permanentes. Ambas Laura y Julieta parecen asumir que un violador es cualquier hombre con la oportunidad para serlo. En otras palabras, cuando se trata de sexualidad masculina, la oportunidad hace al ladrón.

«Es la raza,» me dice Gloria, una abogada colombiana, explicando por qué las colombianas se quedan en casa con esposos abusivos. Las colombianas son sumisas e ignorantes. Esta es su raza. La mezcla entre la anarquía de los españoles y la sumisión de los indígenas, es una combinación desesperada. Este argumento también es dado algunas veces para explicar las acciones de los colombianos en general. Es nuestra raza. Esta es la razón por la que somos violentos. Nuestra sangre mezclada no es buena. Somos incivilizados. Somos lo peor, los mas violentos (por lo menos

los mejores en algo). Está en los genes. El argumento, que nace de la necesidad ideológica o cultural de explicar lo incomprensible, es frecuentemente tautológico y contradictorio. Hay violencia porque somos violentos. Y, somos violentos porque hay violencia. Por ejemplo, Nancy, una entomóloga, explica que «el colombiano es violento.» «No media el diálogo, no discute, porque manejamos unos niveles diarios de violencia muy fuertes.» (Hurtado).

Un libro nuevo de Germán Puyana García parece proponer lo mismo. *¿Cómo somos los colombianos?* sugiere que nuestra ascendencia étnica es lo suficientemente fuerte para que podamos culparla de nuestra «idiosincrasia» y «atributos» nacionales. Entre estos últimos, el capítulo tres identifica los siguientes: Incumplidos. Impuntuales. Maliciosos. Avispados. Oportunistas. Dogmáticos. Intolerantes. Extremistas. Agresivos. Otros capítulos de su libro agregan alcoholismo, violencia, tráfico de drogas a nuestra lista de «características culturales».

Como en el caso de Gloria y muchos otros que se refieren a «nuestra raza,» en este libro «raza» es entendida como un término íntimamente relacionado con etnia y por extensión con cultura. Así, nuestra biología es nuestra historia, y nuestra historia define nuestra sangre, la cual a su vez explica nuestro presente (violento).

A la luz de lo dicho anteriormente, uno podría preguntarse si la abrumadora presencia de violencia en Colombia (y nuestra impotencia para explicarla) no nos atrae en cierto nivel como forma de auto identidad. Después de todo, nuestra «colombianidad», es imprecisa, ambigua y múltiple. En las palabras del periodista colombiano Hugo Sabogal, «vivimos en un panorama de desolación de identidad.» Agrega con cierta exasperación, «¿...quién, en esta sala, puede explicar lo que significa, cultural y filosóficamente hablando, ser colombiano? Es más que sentarse a ver un partido de la selección de fútbol de Colombia, recibir al torero César Rincón, cantar el Himno Nacional o decir, con voz de macho cabrío, que «las leyes, como las mujeres, se hicieron para violarlas.»»

Para averiguar quiénes somos como nación puede que se requiera un «acto de fe» como dice un memorable personaje colombiano en un cuento de Borges. Pero, como la fe en nuestra capacidad de vivir de alguna manera pacíficamente bajo un sistema común de ideas extirpada, nos podemos aferrar a otra forma de fe: el reconocimiento de una experiencia común, la violencia, como una forma de describirnos, y así construir identidad de alguna manera. A su vez, esta distinción nos ayudaría a manejar una realidad devastadora, declararíamos culpables, y así dirigiendo la agresión (una vez más) contra nosotros mismos.

«No dar papaya»

Para el proyecto «Cali, Colombia: Transitando entre la celebración y el miedo», mi entonces asistente, Liliana Hurtado, condujo entrevistas a profundidad con 11 mujeres de Cali, incluyendo una DJ de radio, una oficial de policía, una rapera, una entomóloga, una fisiculturista, una taxista, una estudiante de arquitectura y una comunicadora social.

La mayoría de las entrevistadas hablaron de sus experiencias de miedo e inseguridad en la ciudad y muchas mencionaron su decisión de no «temerle a nada.» Julieta, por ejemplo, dice que la única vez que podría sentir miedo en Cali (nunca está asustada, es valiente) es «cuando la gente es morbosa» «y te tocan el cuerpo al pasar.»⁹

Aparte del reconocimiento de la inseguridad, muchas concuerdan en una manera común de manejarla: **No dar papaya.** Repetidamente, las mujeres dicen, tienes que aprender a vivir con la inseguridad. «Y no dé el papayazo». En otras palabras, es de una la responsabilidad de evitar la oportunidad para que la hieran. Vale preguntarse qué se considera una oportunidad. Con base en mi experiencia y la de otras, esto incluye usar ropa reveladora, usar cualquier joya, parecer confundida, pedir direcciones, caminar sola en la noche, caminar sola en vecindarios desconocidos, sonreír a extraños, fruncir el ceño a extraños, sentarse en la parte delantera del bus, sentarse en la parte trasera del bus, obedecer la ley, no obedecer la ley, ser amigable,

⁹ Es interesante resaltar que cuando Julieta habla de «gente», ella se refiere a «hombres», pero en una forma más diplomática, una forma menos agresiva. (i.e., la gente morbosa que te toca el cuerpo). El concepto «gente» tiene frecuentemente un significado inestable y ambiguo, no siempre es usado para significar «hombres», pero a la vez es lo suficientemente flexible para incluir un millar de otros posibles significados, tales como «aquellos diferentes de mí», la masa, los no educados, o el ser humano universal.

llevar más dinero del necesario, no tener suficiente dinero, prestar mucha o poca atención a los alrededores. El trabajo de una es no provocar a los miles de predadores que aparentemente habitan la ciudad.

Debido a que una gama tan amplia de acciones pueden ser riesgosas, no es sorprendente que Julieta haya decidido rezar cada vez que alguien sospechoso se le acerca (nótese que, sin embargo, ella se considera audaz). No es nada menos que cosas del azar que regrese cada noche. Ana María está de acuerdo. «Tú sabes cuando te vas, pero no si vas a regresar».¹⁰ Si tuviera un Dios, yo creo que tendría que optar por la propuesta de Julieta. Pero en su ausencia, me resigné por años al ritual secreto de escribir mi testamento mentalmente cada vez que una moto con dos ocupantes se acercaba (como se recuerda, en los 80's se hicieron muy comunes los disparos desde el copiloto). Como el monstruo hombre-caballo que aterrizó a los indígenas cuando los conquistadores llegaron, la moto con dos tripulantes fue una unidad aterradora, siempre impredecible, y con gran ventaja estratégica. (Véase el primer capítulo del libro de Tina Rosenberg *Children of Cali*, por una periodista estadounidense quien registró estas prácticas en Medellín).

Cuando visité Cali, en diciembre pasado, encontré que «no dar papaya» se había convertido en una campana oficial: la policía tenía gente vestida como una papaya gigante en las esquinas de la avenida Roosevelt, pidiéndole a los transeúntes y conductores que evitaran dar papaya. Esto es, en mi opinión, una táctica de guerra. Y como tal, nosotros, habitantes urbanos, hombres y mujeres, hemos sido posicionados como actores (i.e., participantes activos, no víctimas) en la guerra de guerrillas.

Alba Lucía Rodríguez Cardona

He examinado algunas instancias discursivas de la vida cotidiana que pueden parecer inofensivas o no merecedoras de consideración a la luz de los horribles eventos que ocurren en Colombia diariamente (y en muchos otros lugares del mundo). Sin embargo, estas instancias nos indican la presencia de un profundo malestar social y conflicto—contra la ley, el estado, el otro, incluso uno mismo. Ignorado, sin atender y no

resuelto, este conflicto se torna en violencia franca. Así, la trivial, y cotidiana afirmación se convierte en una señal, la presencia simbólica de una ausencia que pronto será realizada: la violencia que en principio nos parecía sin sentido.¹¹

Tener esto en cuenta nos puede ayudar a entender las atrocidades de la violencia, no como excepción sino como extensión (lógica y entendible) de prácticas sociales aceptadas. La conexión lo algo trivial y lo atroz puede verse más claramente si miramos la historia de Alba Lucía Rodríguez Cardona (Loder; Thomas; y «Young Woman»). Es 1995 Alba Lucía, una joven antioqueña, acepta la invitación a salir de un conocido. Al día siguiente de la cita, ella no recuerda una buena parte de lo ocurrido la noche anterior, pero no le presta mucha atención a esta falta de memoria. Pronto descubre que está embarazada y se da cuenta que el hombre de la cita la debe haber drogado y violado. Aquí viene el primero de algunos razonamientos triviales, todos normales y definitivamente entendibles. Alba Lucía se sintió avergonzada. Estaba embarazada y no tenía memoria de haber tenido sexo. ¿Quién le creería? Para usar nuestro dicho popular, Alba Lucía *había dado papaya* y ¿quién, sino una misma, es la culpable de ello? Alba Lucía no le podía decir a su familia por temor a ser castigada. Las estadísticas muestran que estos no son solo sus presentimientos—las mujeres en efecto son aisladas, castigadas o humilladas por sus indiscreciones o actividades sexuales, sean voluntarias o no. (Véase, por ejemplo, el reporte de Amnistía Internacional sobre Colombia citado en este ensayo). Los antecedentes sociales y comunicativos de la situación de Alba pueden ser vistos en algunas de las afirmaciones discursivas examinadas en este ensayo: es la raza; los hombres, hombres serán; la oportunidad hace al ladrón; las mujeres están hechas para ser violadas; relájese y disfrute; vaya a que la curen donde la chuzaron; quien la manda a dar papaya.

Alba Lucía se fue a escondidas a la ciudad y tuvo su bebé sola, en un baño. El bebé nació muerto. Ella tuvo una hemorragia severa y fue llevada al hospital. Jairo Sánchez, el médico que la examinó e hizo la autopsia, concluyó que Alba había estrangulado a su bebé. Rompiendo su juramento de confidencialidad, la

¹⁰ Comunicación Personal, Mayo, 2005. Ana María es una curadora de arte en Bogotá.

¹¹ Parafraseando una famosa novela, uno podría decir que los discursos y las prácticas diarias nos ofrecen *la crónica de una muerte anunciada*.

denunció ante la corte. El juez quien primero oyó del caso concluyó que «tres horas no son suficientes para violar a una mujer» (Loder, p. 2). Por lo tanto, Alba fue sentenciada en abril de 1997 a 42 años y seis meses en prisión—una de las sentencias más largas en la historia de Colombia (Loder, p. 1). En muchos sentidos éste es un caso extraordinario y atroz, reconocido hasta cierto punto como tal por la Corte Suprema colombiana, la cual lo llamó un caso «infortunado» seis años después. La Corte invirtió la sentencia en el 2002, después de una gran presión de grupos nacionales e internacionales de mujeres (Loder; «Mujeres»). Pero también éste es un caso común y tiene sentido.

Las condiciones para la posibilidad del caso de Alba Lucía han sido dadas, en parte, por un discurso de género totalmente apoyado por prácticas y rutinas diarias. El hecho de que ésta sea la situación de Alba Lucía y no la mía, obedece, en gran medida, a las diferencias «fortuitas» en nuestras condiciones de vida. Ella no tiene dinero, poca educación formal, gran dependencia de su familia y poco conocimiento de la ley. El médico, el juez y el sistema judicial estaban ejerciendo las ideas de un sistema legislativo patriarcal. Ella no tenía ningún recurso inicial para oponerse.

Algunas observaciones finales

El género tiene significados complejos y multidimensionales porque es una construcción cultural y no un determinante biológico. Es moldeado por condiciones de clase, región cultural, etnicidad, y religión. Responde a un amplio rango de significados de masculinidad y feminidad, y puede implicar un conjunto complejo de estrategias de poder y tácticas relacionadas con esta práctica. En el proceso de entender las maneras en que los hombres y las mujeres experimentan la violencia, nos debemos preguntar qué cuenta cómo hombre y/o cómo mujer; y como están estos posicionados socialmente. Es por esta razón que es importante indagar en las experiencias de actores sociales concretos, para encontrar el significado de género que existe en las prácticas sociales.

Muchas de las mujeres entrevistadas para nuestro proyecto «Cali, Colombia: Entre la celebración y el miedo», tienen una relación compleja con el contexto urbano. Gozo y miedo, repulsión y aprecio están entrelazados. En sus historias hay tanta violencia y

compasión; pesadillas así como dulces sueños. Les gusta la intensidad y exuberancia de Cali. Encuentran la gente de Cali «muy alegre», amigable, liberal, y divertida. Las mujeres son muy fuertes e independientes. Los hombres bulliciosos y más buscadores de diversión que amantes del trabajo. La amenaza de ciertos lugares, tiempos, y gente es a veces algo que uno quisiera olvidar.

Como algunas de las mujeres entrevistadas, frecuentemente presumo no tenerle miedo a nada (permitir es la palabra clave aquí). El miedo simplemente no era parte de mi vocabulario. Pero así como lo borré de mi discurso, así mismo estaba profundamente arraigado en mí hacer cotidiano. El miedo guiaba la manera en que yo vivía y usaba la ciudad. Aun lo hace. En mi alarde de valentía como mujer joven puedo haber estado resistiendo, con las herramientas a mi disposición, una realidad muy dolorosa de enfrentar y muy penosa de ver. Era un blanco, pero todo el mundo lo era. Se sentía como una guerra, pero no habían batallas visibles o mis ojos no estaban entrenados a verlas. Solo estaban las tácticas aprendidas en la calle—muévase en forma de zigzag. Evite la parte de adentro de la acera. Evite a los hombres de manos libres. Si esto era guerra, no era una que produjera titulares. El blanco, si existía, era ambiguo e impreciso.

Nancy nos dice, «En esta sociedad todos somos blanco.» Y ella debería saberlo, ya como entomóloga su principal tarea es identificar, usando la técnica la mosca de la fruta, el tiempo de muerte de cuerpos no identificados. Trata con campesinos y gente acaudalada, con niños y adultos, hombres y mujeres. Es en parte esta conversación diaria con los difuntos lo que la ha estimulado a evitar la ciudad a toda costa. Está en paz con los muertos, no con los vivos.

Una de las formas en que tratamos con la violencia es negándola. Pero esta no es ciertamente la única manera, y definitivamente no funciona en muchos casos. Cuando la violencia es nombrada, visible, e identificada como un fenómeno tangible, su negación se vuelve muy difícil, sino imposible (como es el caso del conflicto armado o cuando uno trabaja diariamente con cadáveres). Otros acercamientos se hacen necesarios.

Yo sugeriría que la violencia invisible y normalizada es fundamentalmente tratada con negación, justifi-

cación o resignación. La violencia nombrada y visible, de otro lado, permite otras dos formas de acercamiento: voluntaria participación y resistencia. Se necesitan hacer muchas más investigaciones en esta materia, pero por el momento unas cuantas palabras son suficientes.

La justificación viene de culpar a la víctima. Por ejemplo, ella fue violada por la manera como estaba vestida. La negación significa cegarnos a nosotros mismos la acción violenta, sea uno quien la inicia o quien la recibe. Por ejemplo, el hacer alarde de que nunca se tiene miedo, es una señal de miedo. La resignación viene de la presunción de que las cosas no se pueden cambiar. Es la aceptación de la impotencia. Tal resignación nos lleva a «no dar papaya» como el único recurso, con el cual, paradójicamente, ganamos cierto sentido de poder.

La participación voluntaria es la elección de aquellos quienes se unen a la guerrilla (30 % de cuyos miembros son mujeres). Isabel Bolaños, líder de las AUC (Lara).¹² Es cada madre que concientemente descuida o abusa física o psicológicamente de sus hijos. La resistencia viene de la organización, de traer al discurso lo que se experimenta en la práctica, y de buscar alternativas a las tácticas actuales de guerra, empleadas en discurso y práctica. La gente y organizaciones que están haciendo esto en Colombia necesitan ser ayudadas y estimuladas (Véase, por ejemplo, Lara; Ramírez, «Logros;» «Red nacional de mujeres;» Rojas; Velásquez Toro; y «women waging peace»).

Aunque parezca claro que hay violencia de género en Colombia (y en otras partes) atención adicional necesita dársele a la maneras como ésta se da. Esto a su vez pide un examen crítico de nuestras presunciones culturales sobre lo que es la «naturaleza» masculina y femenina. Pero también requiere, entender las formas en las cuales construimos «hombre» y «mujer» en el discurso y la práctica, como encarnaciones de los ideales femeninos y masculinos.¹³ Por ejemplo, si varias formas de datos indican que los hombres y las mujeres son diferentemente señalados en una situación de conflicto armado, uno necesita preguntarse cómo el ser posicionado como «femenino» o «masculino» afecta esa señalación y experiencia. Esto sustancialmente complica el escenario; lo masculino pueden ser posicionado de manera femenina y las mujeres como seres masculinos (el caso de los gays y las lesbianas es un ejemplo, pero no el único). De hecho, uno podría argüir que si uno es forzado a vivir bajo la lógica de la guerra de guerrillas (i.e., tácticas) uno ya ha sido posicionado como un actor femenino en un sistema patriarcal.¹⁴ Nancy cree que en esta sociedad «todos somos blanco». Creo que muchos colombianos y colombianas estarían de acuerdo. Pero si todos y todas somos blanco, ¿quién está apuntando? ¿Somos simultáneamente presa y predador acorralado, animal y cazador herido?

Elizabeth Lozano Ph.D.
Departamento de Comunicación,
Universidad de Loyola Chicago

¹² Patricia Lara ha escrito un libro extraordinario, *Las mujeres en la guerra*, el cual organiza de manera cronológica las historias de nueve mujeres que han participado voluntaria o involuntariamente en la guerra colombiana.

¹³ Aunque un libro muy importante y necesario, *Afectos y efectos de la Guerra en la mujer desplazada*, parece estar basado en la asunción que la mujer tiene una «esencia». Aunque muy atrayente, este concepto es problemático, por una variedad de razones (Véase, por ejemplo, Tenorio).

¹⁴ El teórico francés Michel De Certeau ha discutido tácticas y estrategias como formas de poder. La táctica es el poder de los impotentes, sean mujeres, esclavos o clase trabajadora.

BIBLIOGRAFÍA

- AMNISTÍA INTERNACIONAL. *Esta en nuestras manos: No más violencia contra las mujeres*. Madrid, España: Editorial Amnistía Internacional (ADAI). 2004.
- AMNESTY INTERNATIONAL. *Scarred bodies, hidden crimes: Sexual violence against women in the armed conflict*. 13 October 2004. Report on Colombia. 15 June 2005. <http://www.web.amnesty.org/library/print/ENGAMR230402004>.
- BERGQUIST, Charles, Peñaranda, Ricardo, and Sánchez, Gonzalo. *Violence in Colombia: The contemporary crisis in historical perspective*. Wilmington, DE: SR books. 1992.
- CAMPO, Oscar, director. *Tiempo de miedo*. Lead researcher Elizabeth Lozano. Script development Liliana Hurtado. Production Catherine Arteaga. 2001.
- GALTUNG, Johan. «Violence, peace and peace research.» *Journal of peace research*. 6 (1969): 3.
- HURTADO, Liliana. *Unpublished interviews for the project Cali, Colombia: Transitando entre la celebración y el miedo*. 2001.
- LARA, Patricia. *Las Mujeres en la Guerra*. Fifth ed. Bogotá: Editorial Planeta. 2002.
- LOZANO, Elizabeth. *Spelling violence in everyday life: Urban stories from the Colombian front*. Speech Communication Association. New Orleans, LA. November, 1994.
- _____. «De las lecturas urbanas» *Revista Universidad del Valle*, 16, (1997)
- _____. «Gender, violence and meaning in Colombia.» *Women in a Violent World: Sustaining the Struggle for Peace*. 2005 Diversity Week. Lewis University. Romeoville, IL. 16 March 2005.
- _____. y Campo, Oscar. Cali, Colombia: *Transitando entre la Celebración y el Miedo*. Research project presented to the ministry of culture. Bogotá, Colombia. 1999.
- LODER, Asjlyln. «Colombian court frees woman accused of infanticide.» *WEnews*. 23 April 2002. 4 pp. 4 Feb. 2005. <http://www.womensenews.org>.
- MARTIN, Gerard. «The tradition of violence in Colombia: Material and symbolic aspects.» *Meanings of Violence: A Crosscultural Perspective*. Ed. Goran Aijmer and Jon Abbink. Oxford: Berg. 2000.
- MOCKUS, Antanas. «La resistencia civil en Bogotá, 2002-2003.» *Acción Política No-Violenta, Una Opción Para Colombia*. Eds. Fredy Cante and Luisa Ortiz. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario. 2005.
- NAGLER, Michael. *Is there no other way? The search for a nonviolent future*. Berkely, CA: Berkeley Hills. 2001.
- NATIONMASTER.COM. January 2005. <http://www.nationmaster.com/index>.
- OAKLEY, A. *Gender on Planet Earth*. New York: The New Press. 2002.
- ORGANIZACIÓN FEMENINA POPULAR. *Afectos y Efectos de la Guerra en la Mujer Desplazada*. Barran-cabermeja, Colombia: OFP. 2004.
- PARKER, Andrew; Russo, Mary; Sommer, Doris; and Yaeger, Patricia. (Eds.). *Nationalisms and Sexualities*. New Cork: Routledge. 1992.
- PUYANA García, Germán. *¿Cómo Somos Los Colombianos? Reflexiones sobre Nuestra Idiosincracia y Cultura*. Third ed. Bogotá, Colombia: Panamericana. 2005.
- RAMIREZ, Socorro. Logros contra la violencia: Acciones de las mujeres en movimiento. *Revista Mujer*. Fempress. 206 (December 1998).
- _____. «Corriendo el velo.» *Revista Mujer*. Fempress. 207 (January 1999).
- RED NACIONAL DE MUJERES. Confluencia de redes de mujeres. 1/19/2005. <http://www.colnodo.apc.org/~wwwrednl/confluencia>.
- RICHANI, Nazih. *Systems of violence: The political economy of war and peace in Colombia*. New York: State University of New York. 2002.
- ROJAS, Catalina. *In the Midst of War: Women's Contributions to Peace in Colombia*. 2004. Washington, DC: Women Waging Peace. 15 Feb. 2005. <http://www.womenwagingpeace.net/content/articles/ColombiaFullCaseStudy.pdf>.
- ROSENBERG, Tina. *Children of Cain. Violence and the Violent in Latin America*. New York: Penguin Books. 1991
- SABOGAL, Hugo. «Sobre el camino del libro en Colombia: Ante una cumbre solitaria y borrascosa.» *Periodismo cultural y cultura del periodismo*. Ed. Héctor Troyano Guzmán. Biblioteca Luis Angel Arango. Biblioteca virtual. Banco de la Republica. Bogota, Colombia. 5 March 2005.
- TENORIO, Maria Cristina. *Las mujeres no nacen, se hacen. Modelos culturales de mujer antre adolscentes en sectores populares*. Cali: Universidad del Valle. 2002.
- THOMAS, Florence. *Las Mujeres Tienen la Palabra*. Bogotá: Aguilar. 2001.
- U.S. OFFICE ON COLOMBIA. *The impact of war on women: Colombian Women's struggle*. Understanding Colombia series. January 2004. 15 January 2005. usofficeoncolombia.org/insidecolombia/women.
- URIBE Alarcón, Maria Victoria. *Antropología de la inhumanidad: Un ensayo interpretativo del terror en Colombia*. Bogotá: Norma. 2004.
- VELAZQUEZ Toro, Magdala. «Reflexiones feministas para la construcción de agenda de paz de la sociedad civil con perspectiva de género.» *Forum «Colombia va.»* 28 September 2000.
- WARREN, K. *Ecofeminist Philosophy: A Western Perspective on What it is and Why it Matters*. Rowman and Littlefield. 2000.
- WATCHDOG, THE. «Young woman sentenced to 42 years in prison after her child dies from complications at birth.» Canada. 2000.

WOMEN. CEJIL, Centro por la Justicia y el Derecho Internacional. 2 feb. 2005. <http://www.cejil.org/carpetas.cfm?id=12>.

WOMEN WAGING PEACE. 1 feb. 2005. <http://www.womenwagingpeace.net>.

WOMEN WAGING PEACE. «Colombian women call for active peace roles.» 6 May 2004. 24 pp. 19 Jan. 2005. <http://www.womenwagingpeace.net/content/articles>

WORD, Julia. *Gendered Lives: Communication, Gender and Culture*. Sixth Ed. Belmont (CA): Wadsworth. 2005.